

FRANCISCO A. MUÑOZ

La paz imperfecta: apuntes para la reconstrucción del pensamiento «pacifista»

La paz puede ser sentida, percibida y pensada desde múltiples puntos, espacios y ámbitos. Existe un gran potencial para la construcción de la paz. Sin embargo, uno de los mayores obstáculos que encuentran todos los agentes implicados de una u otra forma en la construcción de la paz es la manera de ordenar y articular la información que se dispone sobre ella. En estas líneas se sitúan algunas de las preocupaciones que desde hace años ha mantenido el Instituto de la Paz y los Conflictos (Universidad de Granada). Este artículo refleja parte de los debates mantenidos en torno a este centro.¹

¿Qué es la paz?

El origen de la paz puede estar asociado al origen de la humanidad, y su evolución a su propia historia. Efectivamente, la socialización, el aprendizaje, la colectivización, la acción de compartir, la asociación, la cooperación, el altruismo, etc., son factores que están en el origen de la especie. Estas cualidades son determinantes en el nacimiento y éxito de los homínidos y, posteriormente, de los actuales humanos (*homo sapiens sapiens*).

¹ Una versión algo más amplia está en nuestra página *web* (<http://www.ugr.es/~eirene/sympatia.html>). También está en preparación un libro al respecto, con la colaboración de especialistas de diversos centros.

Francisco A.
Muñoz
Instituto de la Paz
y los Conflictos
Universidad de
Granada

La paz está omnipresente en la experiencia humana, participa de lo real, pero se superpone a lo real.

La aparición de significados similares en diversas culturas, la universalidad del concepto de *paz*, podría ser el primer indicativo de la operatividad de los mínimos comunes citados anteriormente. En este sentido, la *paz* puede ser entendida como un símbolo, de interpretación y acción, donde se ven involucradas emociones y cogniciones subjetivas e intersubjetivas. Muy dentro de la conciencia humana (y de su inconsciente colectivo) anida la idea de que la *paz* es necesaria, que no podemos prescindir de ella, puesto que sin ella no habríamos sobrevivido ni evolucionado.

La *paz* está omnipresente en la experiencia humana, participa de lo real, pero se superpone a lo real; participa del sujeto, pero determina al sujeto, lo socializa. Está reflejada en el lenguaje y es constituida por el lenguaje. Es una institución cultural y las culturas la instituyen y destituyen. Sabemos que la *paz* existe, que es un fenómeno real que permea la vida, que somos capaces de hacerla y padecerla; asimismo somos conscientes de que tenemos una palabra, *Paz*, que nombra y define esa realidad.

Somos conscientes de que asociada a la palabra *Paz* tenemos una serie de emociones, ideas, estereotipos y conceptos que son más o menos concretos o abstractos, subjetivos o intersubjetivos, personales o culturales, y que nos permiten pensarla (recordarla, reconocerla, idearla, imaginarla, abstraerla, etc.), hablar de ella (definirla, describirla, narrarla, etc.), y sentirla (evocarla, reaccionar ante ella, etc.). También somos conscientes de que detrás de nuestro preguntar subyace la motivación de comprender su origen, su razón de ser, sus consecuencias, sus formas de presentarse y ocultarse, su problemática, en suma.

La paz imperfecta

Todas las experiencias y concepciones anteriores nos permiten retomar una nueva perspectiva en la que se deberían incluir los distintas prácticas de *paz* (dulzura, amor, altruismo, compasión, solidaridad, cooperación, negociaciones, tratados, planes de *paz*, etc.).

Hablaríamos de *paz imperfecta*, relacionándola con todas estas experiencias en las que los conflictos se han regulado pacíficamente, es decir en las que los individuos y/o grupos humanos han optado por facilitar la satisfacción de las necesidades de los otros, sin que ninguna causa ajena a sus voluntades lo haya impedido. Incluiríamos en esta nueva conceptualización, y esto es trascendente, las interrelaciones causales entre las distintas estancias donde se produce. Por tanto incluiríamos en esta categoría: la *Paz* (aquellas situaciones en las que se satisfacen las necesidades); *las diversas escalas de las regulaciones pacíficas* (individual/grupal: socialización, caridad, cariño, dulzura, solidaridad, cooperación y mutua ayuda, etc.; regional/estatal: acuerdos, negociaciones, intercambios; internacional/planetaria: pactos, acuerdos, tratados, organismos internacionales, intercambios, ONGs); y *las relaciones causales entre las diferentes escalas e instancias* (verticales y horizontales).

Son varios los objetivos que con este enfoque pretendemos conseguir. Nos permite una comprensión global de la *paz*; facilita el acceso a todas sus realidades; abre mejores y mayores posibilidades de investigación, las explica, les da mayor relevancia, las hace más accesibles. Y por último, posibilita una mejor promoción de ideas, valores, actitudes y conductas de *paz*.

También son muchos los valores añadidos al respecto: cambia la percepción que tenemos sobre nosotros mismos, al reconocer que históricamente la mayor parte de nuestras experiencias han sido pacíficas; genera esperanza; es movilizadora; hace confluír a los/as distintos/as «trabajadores/as» de la paz al relacionar sus prácticas; etc. Lejos de interpretaciones simplistas de buenos y malos, nos permite y obliga a reconocer en los actores de los conflictos realidades de paz (vivencias, valores, actitudes, etc.). Y por último la «imperfección» nos acerca a lo humano, donde es posible la convivencia de aspectos positivos y negativos, de aciertos y errores.

Por otro lado, si, como comúnmente se ha hecho, reducimos las posibilidades de pensar la paz a los enfoques que podamos realizar desde la *paz positiva* (cuando no la *negativa*), ésta se convierte, dados los requisitos que tendría que cumplir, en un horizonte utópico (casi perfecto) inalcanzable. Por esta razón, además, dificulta grandemente la incorporación de aquellas aportaciones, de experiencias y culturas «pacifistas», que por sí mismas no hayan sido capaces de conectar con planteamientos más generales o utópicos. Creemos, pues, que es necesario utilizar una conceptualización de la paz que nos permita superar estas dificultades y nos despeje el camino hacia un mundo más pacífico, apoyándonos en todas y cada una de las actitudes y conductas pacifistas que se producen en la experiencia común de nuestra especie.

Adoptar otra perspectiva quizás no sea posible, a menos que se realice lo que podríamos definir como una *inversión epistemológica*, en el sentido de adoptar otro punto de partida, otros presupuestos en los que el concepto de paz esté, no sólo más presente, con una ubicación de partida diferenciada, sino también con un enfoque cualitativo distinto, que le permita ganar un espacio más relevante y dinamizador, tanto en los aspectos teóricos como en los prácticos.

La capacidad de movilización de la *paz imperfecta* crece en la medida en que acepta y conecta con la imperfección de la realidad y, por tanto, puede hacer propuestas de transformación hacia situaciones más pacíficas. Efectivamente, el propio sistema internacional (o sistema-mundo) presenta una gran complejidad en sus modelos económicos, políticos y sociales, que se manifiesta en la denominada globalización. La complejidad se evidencia también en campos como los conflictos internacionales, las manifestaciones nacionalistas, las relaciones entre culturas, religiones y etnias, y las relaciones de género, entre otras. Estas realidades se pueden interpretar como problemas globales y, a la vez, como ventajas globales. Es decir, todas aquellas posibilidades que con la nueva situación se abren para construir la paz: visión global, conciencia de interdependencia con el resto de la especie y con el planeta en general, multiculturalidad, solidaridad sin fronteras, mayores posibilidades de comunicación, o mejor información.

Paz Imperfecta [estructural], Violencia Estructural [imperfecta]

Quizás sería mas conveniente hablar de una *paz estructural imperfecta* y de una *violencia estructural imperfecta*, en cuyo caso se comprenderían fácilmente las limitaciones de una y de otra, y a su vez las posibilidades de complementariedad

en sus intentos de explicar la realidad. En este caso, se podrían explicar las realidades sociales e históricas de los conflictos a partir de las distintas mediaciones e interrelaciones (diacrónicas y sincrónicas, etc.) entre la *Paz imperfecta* y la *Violencia estructural*. Esta es la causa real de la *imperfeción* (no existe un *Paz perfecta*, absoluta), su relación con la violencia. Sin embargo, también habría que advertir que este esquema no sería del todo completo, ya que existirían muchas realidades que no estarían movidas por los conflictos, que serían «neutras», o que actuarían como «mediaciones».

Mientras que el concepto de *violencia estructural* ha sido una de las aportaciones más relevantes de la investigación de la paz, en cuanto que contribuyó a develar y analizar las distintas formas de violencia y las interrelaciones que en ellas se producen, la conceptualización de la paz ha recibido, en comparación, mucho menos atención. Por otro lado, no es de extrañar que se profundice en esta línea, ya que es comúnmente aceptado que la investigación para la paz nace como respuesta (búsqueda de causas y explicación) a la barbarie y atrocidades de las guerras de principio de siglo. La fascinación que hemos tenido sobre la violencia ha condicionado autopercepciones –sobrevalorando su papel–, y también las investigaciones, incluso nuestros presupuestos teóricos. Una consecuencia directa es la descompensación conceptual y epistemológica entre violencia y paz.

Es necesario adaptar, potenciar, especular con nuevas dialécticas abiertas, dado que en la realidad de los conflictos intervienen múltiples actores y múltiples intereses, motivaciones y percepciones. En la perspectiva de la superación del dualismo antagonista entre lo pacífico y lo violento, el bien y el mal, hay que aceptar que existen un sinfín de situaciones intermedias, *imperfectas*, que deben ser entendidas como procesos dialécticos:

- *holísticos*, todas las interacciones posibles y la pertenencia a un universo global;
- *posibilistas*, que se adaptan a la realidad de lo posible sin olvidar lo deseable.
- *pragmáticos*, por su descripción «realista» del mundo para promover la justicia y la equidad;
- *reformistas*, que intentan aprehender la realidad tal cual es y partir de ella, para transformarla al máximo;
- *negociadores*, que reconocen las realidades y potencialidades de cada uno de los actores de los conflictos y buscan su interrelación para mejorar las condiciones de partida.

Por último, todo esto será posible si se proyecta en un futuro *perdurable, justo, pacífico e imperfecto*. Un futuro solidario con las generaciones futuras, en el que prime la justicia y la equidad, en el que los conflictos sean regulados por vías pacíficas y en el que los conflictos –signo de nuestra condición «imperfecta»– nos den la posibilidad de imaginar y crear nuevas situaciones deseables de acuerdo con nuestros valores de paz.